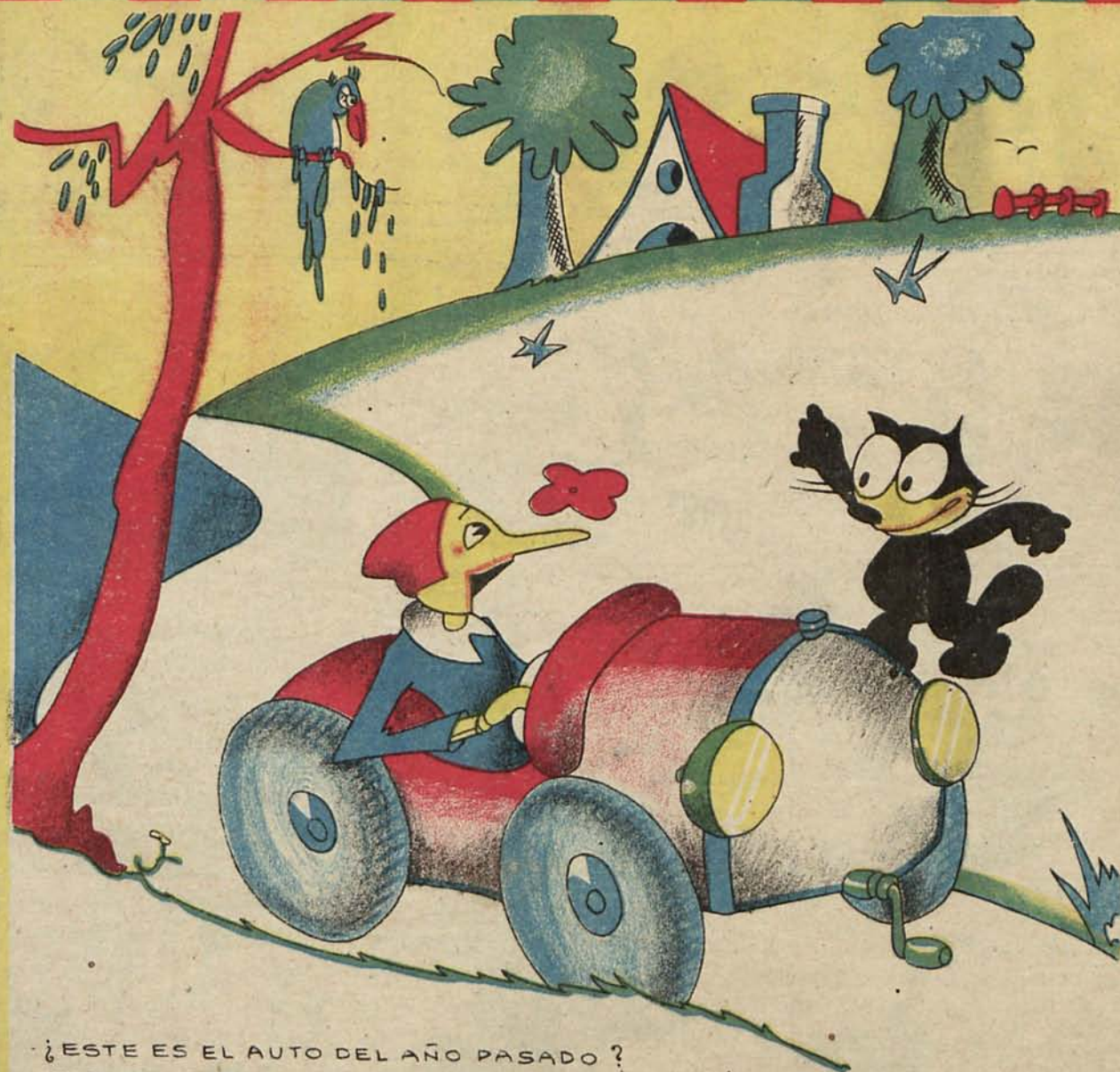


PiNOCHO

AÑO. V
NUM. 239

25 cts

15 SETIEMBRE
1929



¿ESTE ES EL AUTO DEL AÑO PASADO ?
NO; ES OTRO, PERO SE LE PARECE MUCHO!
COMO QUE CUALQUIERA DIRIA QUE ES UN "AUTORRETRATO"!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANOLA Y S.M. BARBIERI

(Continuación)

»—Caballero
—le dije—yo
he tenido estos
días el gusto de
tratar al señor

Fayollet y de pasar con él buena parte del tiempo...

»—¡Ah! ¿sí?—repuso mi interlocutor, fijando en mí dos ojos escrutadores coronados por un par de terribles cejas enmarañadas—Y ¿podrá usted decirme si está en Aden todavía?

»—Creo que sí. Va directo a Bombay, y no debía marcharse hasta pasado mañana...

»—Gracias. Pero ¿cómo es que no está aquí, en el *Red-Sea*?

»—El señor Fayollet ha preferido una fonda de segundo orden que da a la marina. No hay pérdida posible; es la primera después de la casa de baños.

»Cuando el incógnito, después de darme gracias con un ligero saludo, se hubo marchado, yo pregunté al Secretario si le conocía. Supe de ese modo que era un tal Ravinet, un rico contratista francés de la pesca de perlas, el cual reside en una pequeña isla a un kilómetro de la costa, visible desde el muelle hacia occidente. Pregunté también al Secretario por un señor Facy, el destinatario de la carta de Fayollet, pero este nombre le pareció enteramente nuevo.

»Ahora, yo creo que debe excluirse que... el pescador de perlas sea Kōwaes; y más bien supongo que Ravinet y Foichant son dos nombres y una misma persona. En cuanto a Facy, podría ser persona de confianza de Foichant, o de Ravinet si así se prefiere.

»El día de ayer, después de tantas aventuras y complicaciones, fué el primero sin incidentes. Con todo, he ido a visitar el Hotel donde se

alojaba Fayollet. Como era de presumir, no se encontraba allí ya.

»A la vuelta, me detuve un poco en el muelle desde donde, en la inmensidad azul del mar y del cielo, se divisaba la mancha verde-oscuro de la isleta de Ravinet; ¡la isla misteriosa! Allí quizá estarían reunidos nuestros enemigos; allí quizá se estaban tramando en aquel mismo instante proyectos para perjudicarnos; allí estaba de fijo esperando mi marcha mi perseguidor, quizá el propio Kōwaes... Muy probablemente Fayollet había seguido a James... Y Fritz ¿tendría por tanto quien le acechara también? Y ¿acaso yo no era como ellos perseguido, y allí, en aquel momento mismo, no era objeto de vigilancia, de espionaje...?

»Miré a mi alrededor para comprobarlo. No. Estaba casi solo en la calle, y nadie parecía cuidarse de mí. Con todo, eché a andar, y me volví a la fonda.

»Entre escribir mi artículo semanal para la *British Life* y aderezar esta larga carta en que he querido informarte hasta de los más menudos pormenores, ha transcurrido el día. Ya, dentro de dos horas escasas, partiré con la esperanza de que me ayude la fortuna.

»Hazme expedir por telégrafo a Bombay las últimas noticias. Yo siempre, con la mayor solicitud, te tendré al corriente de cuanto me suceda.

»Mis más cordiales saludos con mis fervientes protestas de compañerismo y de amistad para todos.

RALPH HODGSONFIELD.»

—Esta carta—dijo Franco ordenando sus múltiples folios—ha venido asegurada en la suma de veinticinco mil francos. ¡Siempre tan previsor el buen Ralph! Y, por lo demás, las noticias que nos da valen más ciertamente de las veinticinco mil liras...

—Valen por lo menos las ciento cincuenta mil ofrecidas por la captura de Kōwaes...—terminé yo—. Pero ahora, léeme los telegramas.

—Aquí están. El primero, de Bombay, también es de Ralph:

«Recibido telegrama Caíro. Maravillosamente extraordinario. Expedí carta. Otra sigue. Hodgsonfield.»

El segundo es de D'Alimand, de Veracruz, de Méjico.

«Pesquisas infructuosas. Ninguna esperanza noticias consoladoras. Sigo Panamá. Volveré primeros Diciembre. Cordialísimamente. Enrique.»

—¿Y el tercero?

—De Buenos Aires, suscrito por Sobrado.

«Noticias interesantísimas. Expido informes. Sobrado.»

—Lacónico, pero sustancioso, a fe mía. ¿Apuestas algo a que Larouchy está en la América del Sur?

—El telegrama de Sobrado nos permitiría suponerlo. ¡Quién sabe! Nó me chocaría después de tantas sorpresas.

—Sin embargo, conviene no olvidar que Kōwaes estaba en Aden el 12 de septiembre y que debía de estar allí por algo... Pero, al fin y a la postre ¿a qué altura estamos hoy?

—Por el momento, queda excluido el Nilo, y, por lo que dice Enrique, hay que eliminar también el Río Grande del Norte. ¡Eso es todo!

—¡Eliminar...! Pero ¿y el viaje de Armagnac a América? ¿lo has olvidado?

—No, no lo olvido; es más, tú sabes que ese viaje es mi constante preocupación. Ahora empiezo a temer que la agitación y la impaciencia hayan impedido a Enrique efectuar las indagaciones con la calma y la prudencia necesarias; y en tal caso, todo se nos desploma. O bien, el destino de Armagnac no sería la América del Norte, sino la del Sur, el Brasil por ejemplo, y entonces serían para tomadas en cuenta las noticias interesantísimas que Sobrado viene anunciándonos.

—¿Y nuestros otros amigos perseguidos a su vez por Kōwaes y Compañía?

—¡Bah! Hay que esperar aun un poco para ver a qué tienden todas estas persecuciones. Yo no excluyo la posibilidad de que Larouchy esté aun en el Africa Austral y que precisamente en estos días nuestro buen Fritz se las tenga que haber con los adversarios..

—¡Pobre Fritz!

—Si en lugar de esto, el campo de investigación está en Asia, el afortunado podría ser Ralph que está ahora explorando la India Inglesa de donde ya ha mandado un despacho a la *British Life*; o bien Maudiguet que a la hora presente, habiendo recibido la carta que Ralph le dirigió al Tonkin, debe iniciar en China sus gestiones... En cuanto a James, está por el momento en viaje y no llegará a Adelaida sino a fines de mes.

—En conclusión; que sabemos lo mismo que al principio.

—¡Hombre! eres difícil de contentar. En conclusión, a mí me parece que estamos en el buen camino. ¡Córcholis! Avanzamos a grandes pasos hacia la solución del problema. Tenemos, muy idealmente, es cierto, cogido por las solapas a uno de los más ricos banqueros de París, y a un pez gordo del Ministerio de Marina; finalmente, estamos sobre la pista de Segismundo Kōwaes y en condiciones de que se nos venga a las manos el no despreciable importe de la prima. ¿Quieres más?

VII

LAS DESVENTURAS Y LAS LOCURAS DE UN PERIODISTA

Llevaba yo tres días en Burdeos con motivo del 12.º congreso Etnológico, y el mismo tiempo hacía que me agobiaban esos apéndices inseparables de todos los congresos; giras, fiestas y visitas a base de recepciones, *vermouths* de honor, banquetes, bailes y otros quehaceres por el estilo. Obligábanme a aquellas fastidiosísimas sesiones las crónicas que debía enviar al periódico, porque las cuestiones que allí se

(Continuará en el número próximo)



COLORÍN y su PANDILLA



La capitana del "Columbia" E. Algarín



(Continuación)

Aquello era un caos de oleadas que al chocar con la corriente se rompían produciendo convulsiones formidables y peligrosísimas entre aquellas masas líquidas.

Parecía, a veces, como si el mar fuese una olla inmensa, hirviendo, calentada por fuegos infernales.

—¡Capitana!—dijo uno de los pescadores asustado por el cariz horrendo de la mar—Corremos hacia una muerte casi segura y nuestra pérdida no va a mandar ningún auxilio a los navegantes.

—¡Ana Helen no se vuelve nunca atrás sino después de haber cumplido con su deber!—contestó la valerosa hembra—Si tú, joven Jack, no tenías valor para seguirme debiste haberte quedado en tierra.

Aquella reprimenda cerró la boca de los demás. Si una mujer daba pruebas tales de coraje, no debían los hombres mostrarse menos valerosos que ella, la hija del capitán Wilson.

Fiando pues en la pericia de su capitana se aventuraron en pleno océano, gritando de vez en cuando:

—¡Ya llegaremos...!
¡Ánimo muchachos!

El cañón de la nave en peligro sonaba más próximo cada vez y a veces entre las densas brumas se veía el resplandor de los fogonazos.

Ana no se había engañado. Aquel buque de vela se había aventurado a entrar por entre los escollos del Cabo de las Arenas que forman como

una especie de laberinto y del cual solo son capaces de salir los pilotos de Nueva Escocia, prácticos en navegar por aquellos parajes.

Ana, a pesar del ímpetu creciente de las olas y de la obscuridad maniobró de modo que pudo esquivar los escollos y penetrar en el laberinto peligroso.

Como la niebla se había disipado un poco pronto descubrieron los pescadores dos puntos luminosos, los fanales del buque, y después una enorme masa negra que las olas hacían bailotear como si fuese un juguete.

—Capitana—dijo uno de los pescadores—¿Podremos acercarnos al buque? Las olas van a destrozar nuestra lancha.

Ana se puso en la boca el portavoz que encontró bajo el banco de popa y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¡Marineros, echad una cuerda!

Después, volviéndose a los pescadores les dijo:

—Ahora no os preocupéis de mí y cuidad sólo de esquivar los escollos.

La lancha se encontraba ya junto al buque. La tripulación advirtió que venían en su ayuda y lanzó cuerdas en todas direcciones con salvavidas colgados. Una de ellas cayó junto a la lancha y la agarró Ana atándose su extremo por la cintura.

—¡Tirad!—gritó.





No había aún terminado de hablar cuando se encontraba en el agua. Pero la inmersión duró poco tiempo, pues los marineros en seguida, tirando de ella la elevaron hasta cubierta.

Imposible es describir el estupor de aquellos marineros cuando se percataron de que habían subido a cubierta a una mujer en vez de un piloto.

Pero Ana no perdía el ánimo y en seguida dió una prueba de su audacia y valentía gritándoles:

—¡Entregadme el mando del timón! Todos, corriendo a las velas, si queréis salvar al barco de los escollos que le rodean.

—¡Pero, señorita!—exclamó un oficial que había acudido.

—¡Obedeced si queréis salvaros!—exclamó Ana con voz que no admitía réplica.

Y ahí tenéis a la valerosa mujer detrás de la rueda del timón dictando órdenes a todo el mundo como un excelente capitán, con voz sonora, que dominaba el fragor de la tempestad. La tripulación, aunque aun no se había repuesto de su estupor, subyugada por la voz enérgica de la capitana obedecía al punto a las indicaciones de la maniobra que la capitana les daba.

Aquel buque que la tempestad había así arrojado contra los escollos del Cabo de las Arenas era el «Columbia» gran velero americano conocido en todos los puertos del Atlántico y que volvía a Ingla-

terra con un cargamento de carriles de hierro destinados a la «Canadian Company».

El viaje emprendido por aquella nave fué desde un principio poco afortunado.

Tempestades terribles le habían perseguido durante la travesía del Atlántico: después en las cercanías de Nueva Escocia, a consecuencia de la rotura de un penol el capitán resultó herido en un hombro que se le fracturó con el mástil caído y tuvo que resignar el mando en el segundo de a bordo, hombre por desgracia, poco hábil que se había dejado arrastrar hacia la costa.

Ana aparecía pues como una verdadera salvadora y era quizá la única capaz de sacar al buque de su mal paso.

Aunque el buque se hallaba en gravísimo peligro la hija del viejo capitán continuaba mandando impávida las maniobras. Librar la embarcación de aquellos escollos parecía una cosa absolutamente imposible aun a los más viejos marineros del «Columbia» los cuales ya se habían resignado a su triste suerte.

Por dos veces había ya chocado el velero y se le habían abierto dos vías de agua en la carena de modo que entrando agua en gran cantidad y con el enorme peso de centenares de toneladas se hacía muy difícil el manejo del barco.

Ana, sin embargo, no desesperaba aún. Guiaba al «Columbia» con mano segura tratando ante todo de

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



COMO TENGAMOS SUERTE EN ESTE NEGOCIO DE LA PASTERERÍA VAMOS A HACER UNA FORTUNITA EN CUATRO DIAS

Y SI NOS VA MAL NOS COMEMOS EL NEGOCIO Y EN PAZ



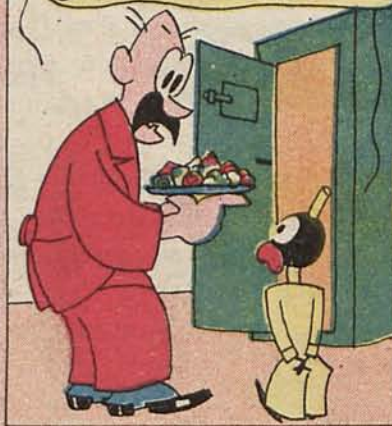
VA A RESULTAR UNA PASTERERÍA ESTUPENDA. VERAS COMO ACUDE LA GENTE COMO MOSCAS

¡QUÉ DULCE PORVENIR SE NOS ESPERA!



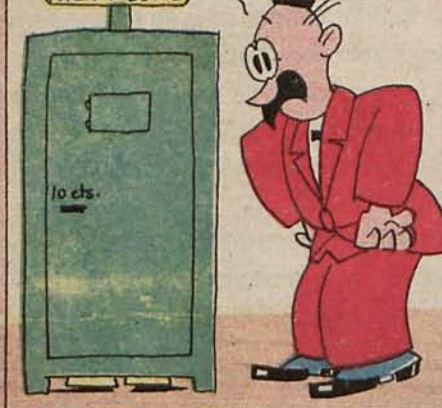
EMPEZAREMOS EL NEGOCIO CON DOS BANDEJAS DE PASTELES ¿NO TE PARECE?

YO CREO QUE ESO ES POCO. A MI ME GUSTAN LOS NEGOCIOS EN GRANDE



YA SABES LO QUE TE TENGO DICHO, SI PIDEN ALGÚN PASTEL QUE NO HAYA DICES QUE LOS DE ESA CLASE SE HAN ACABADO ¿SABES?

AMERICAN PASTEL PAGA Y COME



¡A VER, SEÑOR PASTERERO! UNO DE CREMA PARA UN NIÑO QUE SE LLAMA NICANORIN!

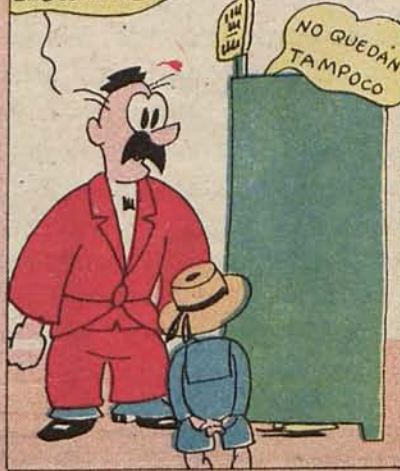
AMERICAN PASTEL PAGA Y COME

DE ESOS YA NO QUEDAN



DICE NICANORIN QUE SI NO HAY DE CREMA, QUE UNO DE CHOCOLATE

NO QUEDAN TAMPOCO



DICE QUE ENTONCES UNO DE HOJALDRE

SE HAN ACABADO



OYE, DICE NICANORIN QUE SE LO DES DE LO QUE TÚ QUIERAS, QUE LE DA IGUAL

DE ESOS NO QUEDA NI UNO



ME VOY A DAR UNA VUELTECITA PARA QUE ME DÉ EL AIRE. USTED NO SABE LO ESTRECHÍSIMO QUE SE ESTÁ DENTRO DE ESE CAJÓN

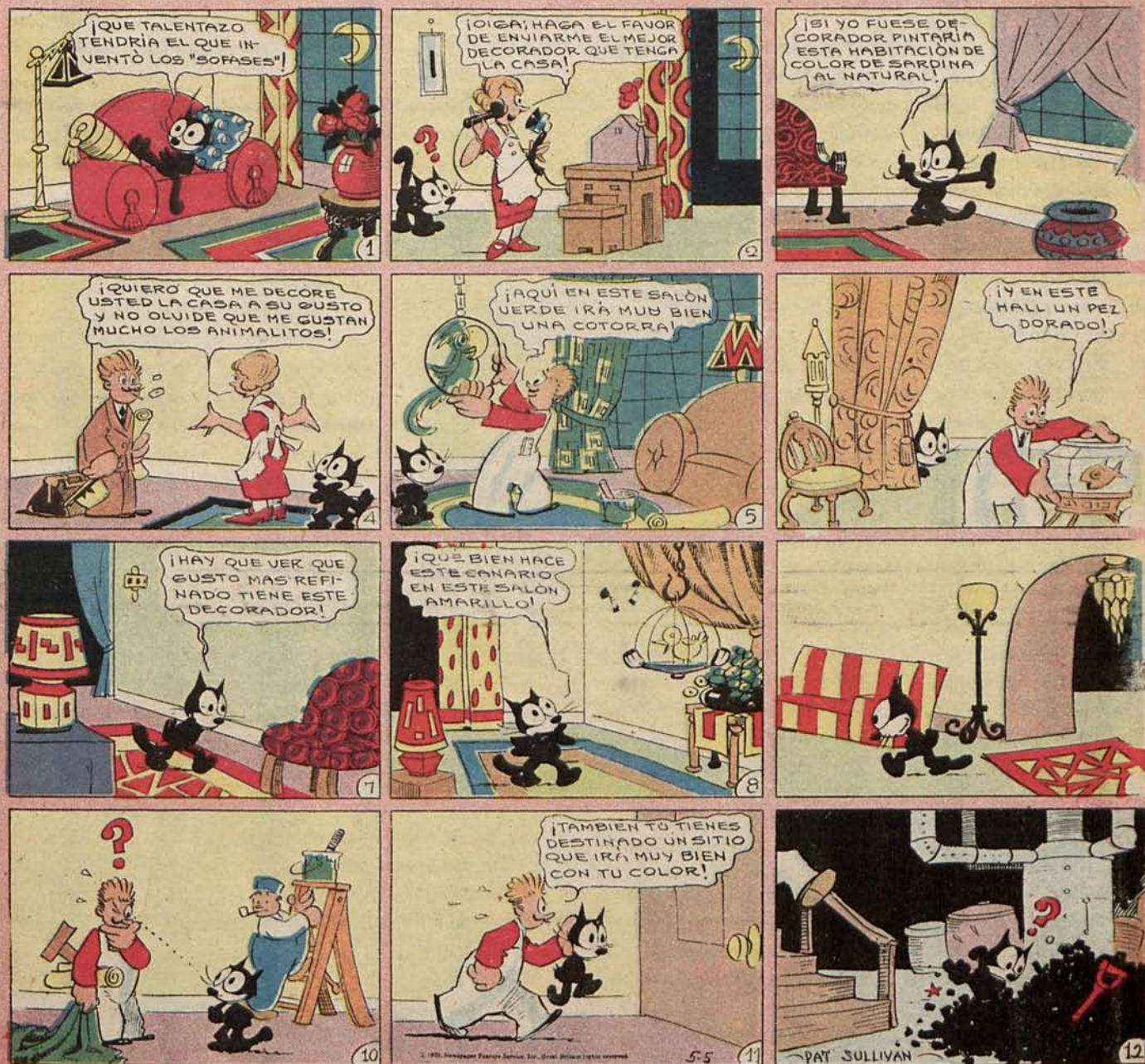
AMERICAN PASTEL PAGA Y COME



LAURA LA COTORRA INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

— MERLÍN —

Castillo



N un pueblecito de Escocia, de escaso vecindario y de más escasos recursos industriales, vivía Antolín, pobre leñador con su mujer y cuatro hijos.

Era trabajador y diligente; pero su ocupación era tan poco productiva, que apenas le proporcionaba lo necesario para el indispensable sostenimiento de su familia.

Un día que Antolín daba hachazos a diestro y siniestro en el bosque, se puso a pedir favor y amparo al cielo y a la tierra. Entonces oyó una voz que le dijo:

—¡Antolín, no te desesperes! ¡Eres bueno, trabajador, y Dios recompensa al que trabaja! Si yo alivio tu pobreza, ¿serás capaz de no convertirte en un perezoso y de ser caritativo con los pobres?

—¡Sí, os lo prometo; y creedme que lo di, o con propósito de cumplir mi promesa!

—Pues bien; vuelve a tu casa, entra en el huerto, y al pie de la encina que hay allí cava, y encontrarás recursos para remediar tus necesidades.

Después que el leñador hubo escuchado estas palabras, se inclinó respetuosamente y dijo:

—¡Señor, no os veo, no sé quién sois, no sé cómo os llamáis!

—Me llamo el encantador Merlín.

—¡Ah, señor! ¡Yo os obedeceré, y que Dios os premie la caridad que me hacéis!

—¡Bien!—dijo Merlín, apareciendo a la vista de Antolín—Marcha a tu casa, y veremos si cumples tu palabra. El año que viene vuelve tal día como hoy al bosque.

El leñador no trató siquiera de recoger las pocas ramas que había cortado, y se fué a su casa. Al verle llegar, su mujer le preguntó si había vendido la leña; pero Antolín se rió, y le dijo:

—¡Ya no tengo necesidad de cortar leña! ¡Ya somos ricos; ya no necesitamos trabajar!

—Lo que temo es que hayas perdido el día de hoy y que nos quedemos sin recursos.

Entonces Antolín abrazó a su mujer, y le contó lo que había pasado.

Fueron al huerto, cavaron al lado de la encina, y a una profundidad de dos metros encontraron una cajita llena de monedas de oro.

Remediáronse todas las necesidades; pero Antolín se olvidó de la palabra que había dado a Merlín, pues no hizo caso de los pobres. Al siguiente año volvió al bosque y llamó a Merlín a grandes voces, diciéndole:

—¡Monseñor Merlín, aquí me tenéis!

Rodeado de una nube azul, Merlín se le presentó al momento y le dijo:

—¿Estás contento, Antolín?

—¡Oh, señor; mucho! Tengo a mi familia bien alimentada y bien vestida, y mis negocios progresan. Todo os lo debo, y por eso os estoy muy agradecido.

—¿Deseas alguna cosa?

—Señor, quisiera ser alcalde de mi pueblo.

—¡Bueno! Lo serás dentro de cuarenta días; pero no olvides que has de ser siempre caritativo, y vuelve el año que viene tal día como hoy.

Antolín se fué a su pueblo. La predicción de Merlín se cumplió, pues a los cuarenta días el leñador fué nombrado alcalde; pero se hizo orgulloso, olvidó completamente a los pobres, y ya creyó que era superior a todos los del pueblo.

Al año siguiente volvió al bosque, y no bien hubo llamado a Merlín, cuando éste se apareció y le dijo:

—Has cumplido el compromiso que te impuse de venir en este día; pero no sé si podrás darme cuenta de muchas obras de caridad que hayas hecho.

Antolín contestó:

—Estoy muy contento, y os aseguro que en lo sucesivo me portaré de modo que os complazca; pero ahora quisiera que un hijo mío, que ya ha concluido la carrera de abogado,





fuese nombrado juez de mi distrito municipal.

—¡Bien! Se cumplirán tus deseos. Dentro de cuarenta días tu hijo será juez.

Y efectivamente; a los cuarenta días fué nombrado juez el hijo. Llegó el día fijado para volver al bosque, y antes de que hubiera evocado a Merlín, éste se le apareció.

—¡Hola, mi protegido!—dijo—Supongo que ya estarás contento, que nada te faltará, y que habrás hecho muchas obras de caridad.

—¡Ah, señor! Para completar mi dicha, desearía que mi hija Isabel se casara con el hijo del corregidor de la provincia.

—¡Bien; concedido! Pero acuérdate de las promesas hechas, que has olvidado casi por completo. Vuelve a tu pueblo, y dentro de cuarenta días quedará cumplido tu deseo; pero no vuelvas a invocarme si no das a los pobres parte de tus riquezas, como me has prometido, y si no amparas como alcalde a los desvalidos.

En efecto; a los cuarenta días de esta entrevista cumpliósse la oferta del encantador Merlín, y la hija de Antolín se casó con el hijo del corregidor; pero Antolín se olvidó completamente de los pobres, y ejerció su autoridad de alcalde sin equidad ni justicia.

Al año siguiente volvió al bosque, después de haber escuchado las prudentes observaciones de la alcaldesa, que le había dicho:

—No te olvides de dar mil gracias a nuestro protector Merlín; y como ya nada tenemos que pedir, muéstrate agradecido y, sobre todo, muy político, puesto que has determinado no volver más al bosque.

Antolín fué al bosque, llamó a gritos a Merlín; y como no contestara a su voz ni apareciese, empezó a impacientarse y dijo:

—¿Dónde demonios estará metido ese Merlín, que ha tomado por costumbre hacerme volver cada año a este bosque?

Entonces se apareció Merlín en una nube de fuego, y le dijo:

—Antolín, tienes malos instintos, y eres de condición perversa: no

has cumplido nada de lo que has prometido, y ahora, orgulloso, desleal e ingrato, pretendes escarnecerme llamándome *Merlinillo*. Pues bien; tu orgullo será castigado. En este momento estás creyéndote rey del mundo; reconoce que has obrado con deslealtad hacia Dios y hacia los hombres, que has permanecido siendo siempre un mal hombre, que te has olvidado de los ne-

cesitados. Yo te dejaré reducido a la misma pobreza en que te encontré cuando me conociste: eso será una obra de justicia.

El jactancioso Antolín volvió la espalda a su protector, como si la conciencia no le remordiera.

Su mujer lloró amargamente, pues veía venir sobre sí el castigo.

Éste no tardó en sentirse: su hijo y su hija murieron al mismo tiempo, declaróse la guerra entre los señores vecinos, y Antolín quedó reducido casi a la miseria.

Desde entonces cada día iba de peor en peor. Acudió al bosque, y llamó compungidamente a Merlín; pero éste no volvió a aparecersele.

—¡Ah!—decía al volver a su casa—¡He perdido mis bienes y mis hijos! ¡Nada me queda! ¡La miseria me es insopartable! ¿Qué he de hacer? ¿A quien he volver la vista?

Con lo poco que le quedaba compró un asno, y recurrió a su antiguo ejercicio de leñador; pero la desgracia le perseguía; a los pocos días el asno se le murió, y tuvo que salir del pueblo e ir al inmediato a ponerse a servir de criado y a guardar un rebaño. En este tristísimo estado acabó su vida, abandonado y miserablemente.

Esta narración imaginaria debe servir de ejemplo para los que en el mundo se dejan arrastrar por el dominio de un orgullo mal entendido, sin recordar que hay un Dios que puede repentinamente hacerlos descender desde las más elevadas posiciones al cieno de la tierra.

Los niños prudentes no deben olvidar nunca estas máximas saludables: siempre debemos confiar en Dios, y amar al prójimo como a nosotros mismos.—

FIN.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chonón.

—Salud, amigo buho. Hoy ya tengo preparado tema para dedicarte nuestra charla.

—Dime cuál es y ya sabes que con el mismo gusto de siempre satisfaré tu curiosidad.

—Pues hoy quisiera que me hablastes de los primeros barcos de vapor. Me interesa mucho saber quién fué el primero que tuvo la feliz idea de mover los barcos por medio de maquinarias de vapor.

—En junio de 1543, un español llamado Blasco de Garay, realizó en el puerto de Barcelona pruebas con un barco que se movía sin remos ni velas.

—¿Por medio de vapor, entonces?

—Eso es lo que no ha podido determinarse bien, amigo Chononcito. La descripción y planos de la máquina inventada por Blasco de Garay fueron robados cuando los franceses saquearon las bibliotecas y archivos españoles. Desaparecidos estos documentos quedó el invento a merced de las conjeturas y suposiciones.

—Y a lo mejor ninguna es la verdadera ¿no te parece?

—Eso que tú dices. Unos dicen que el aparato consistía en unas grandes ruedas colocadas a los costados del barco, con unas palas que actuaban de remos, y que estas ruedas eran movidas desde dentro del barco por cincuenta hombres.

—Entonces no había tal máquina de vapor. Ese invento no es precisamente el que a mí me interesa.

—Es que otros autores aseguran que la nave de Garay andaba por medio de un aparato cuya parte más importante era una gran caldera de agua hirviendo.

—Eso ya es vapor.

—Los historiadores no han llegado a ponerse de acuerdo en fijar quién fué el verdadero y por tanto primer inventor de los barcos movidos a vapor.

El célebre francés Dionisio Papin fué, en realidad, el que inventó la máquina de vapor que más tarde, instalada en un barco, lo ponía en movimiento.

—¿Pero se puede saber, amigo buho, quién fué el primero que lanzó al agua un barco de vapor?

—Ya te he dicho que es difícil saberlo a ciencia cierta. El inglés Hulls ideó un buque que, por medio del vapor, movía unas ruedas con paletas, pero sólo era utilizable como remolcador. Symington, escocés de naturaleza, construyó otro buque movido por vapor que también llevaba ruedas a sus costados. En realidad, el primer barco práctico que surcó las aguas propulsado por el vapor, fué el que ideó el norteamericano Roberto Fulton. Este barco pudo prestar ya un servicio regular de transporte de pasajeros.

—O sea, que tú crees que fué Fulton el verdadero inventor del buque de vapor.

—Yo no me atrevo a decir tanto. Sólo creo que Fulton fué el más práctico de todos los inventores. A partir de este inventor todos los demás encaminaron sus estudios a perfeccionar el invento. Lo curioso del caso es que Fulton cuando fué a Inglaterra no llevaba ni remotamente el propósito de construir ningún barco. Ni de nada relativo con la navegación. Su oficio era pintor de retratos.

—¿Y qué tiene que ver la pintura con la máquina de vapor?

—Absolutamente nada, pero aunque su principal ocupación por ser su medio de vida, era la pintura, tenía gran ingenio y lo había demostrado inventando cosas utilísimas. Entre ellas destaca una embarcación que por debajo del agua podía ir a atacar a otros barcos. También inventó un sistema para cortar y pulir mármoles. Otro para retorcer cables de acero, y otro, también importantísimo, para excavar canales.

—Pero yo creo que el más grande de todos sus inventos, fué el de los barcos de vapor, si es que en efecto es suyo el invento.

—El primero que construyó fué en 1802, pero con una máquina tan extraordinariamente pesada que durante las pruebas llegó a atravesar el fondo del barco y se fué al fondo del Sena, en Francia.

—¿Y se quedó sin la máquina?

—De ningún modo. Con grandes trabajos se sacó la máquina del fondo del río y la colocó sobre otro barco de construcción más sólida, que consiguió navegar, aunque lentamente. Desistió de nuevos ensayos en Francia y partió para América, realizando al fin en Nueva York, las pruebas definitivas que habían de darle la reputación universal. No creas que no tropezó hasta en su propio país, con escasas dificultades para desarrollar su invento.

—Yo no he creído eso ni un momento. Bien sé que todos los inventores han tropezado entre los hombres con las mayores dificultades. Cosas de la envidia.

—Fulton fué calificado de loco por sus compatriotas y fué objeto de críticas y censuras sin cuento.

—Dime querido buho ¿cuál fué el primer barco de vapor que cruzó el Atlántico?

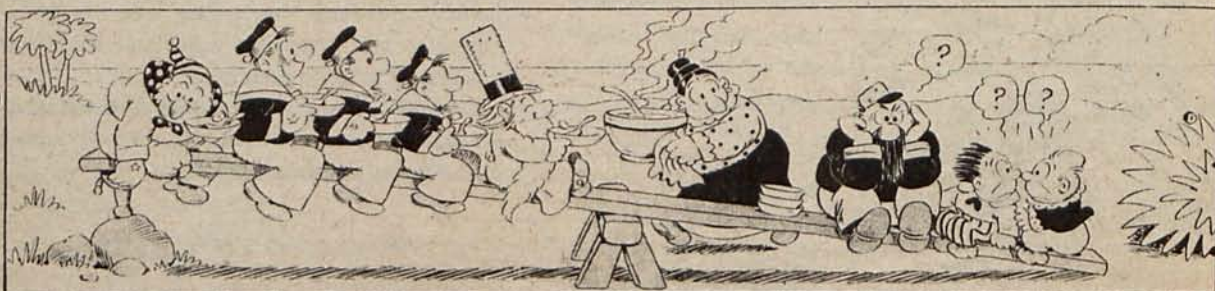
—El barco norteamericano «Savannah» que, con velas y vapor, cruzó en 1819 el Océano Atlántico, tardando en hacer la travesía veintisiete días.

—Bueno, pero si el barco era de vela y vapor, no satisfaces del todo mi curiosidad.

—Ya lo sé. El primer buque movido solo a vapor que cruzó el Atlántico, fué el inglés «Great Western» que quemó en la travesía trescientas noventa y dos toneladas de carbón.

—Eso es lo que yo quería saber, amigo buho. El inventor fué Fulton y el primer barco que cruzó el Atlántico fué el «Great Western». ¿No es eso?

—De acuerdo completamente.



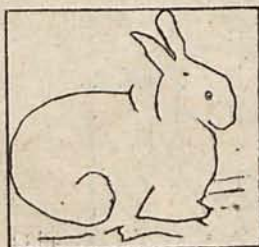
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

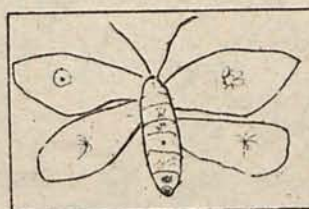
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi chacha
Piluca Hermúa
3 años



Un conejo
Anita Cemborain



Una mariposa
Eugenio Cemborain



Retrato
Luchi Martínez



Pinocho quiere
ser aviador
R. Jaraquemada



El cartero
de mi tío
L. R.



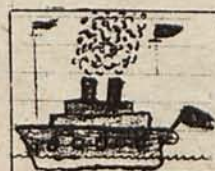
Samitier
José Llacer



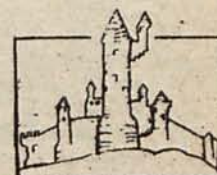
Mi perrito
J. M. Dorda



Pinocho en bicicleta
Antonio Rogel



El Alfonso XII
Tolo Vega



El castillo del Barón
de Alto Roble



Blanca Nieves
Inés Jaraquemada



Una bañista
Félix López



Mi tío Juanito
P. Molina



El cocinero
de casa
N. P. A.



Jugando con la nieve
Jesusa Morales



Morronguis
Rafael Raya



Un tomate
Teresa García



Pajarita
C. P. R.



Morronguis.—Pilar Jiménez



Currinche
Alberto Latorre



Un marino
M. Salichis



Una rosa
Juan Maduño



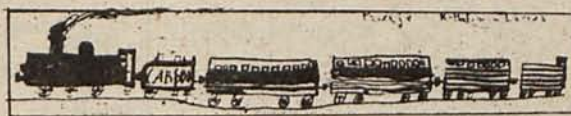
Retrato
Lolita Arenas



Paisaje
María Sarasúa



El castillo de Bellver
Ramón Rullán



El tren de mi tierra.—Abelardo Rodríguez



Golondrina
C. Molina



Un desafío
J. de la Torre



Caballo
Luis Vidal Ribas



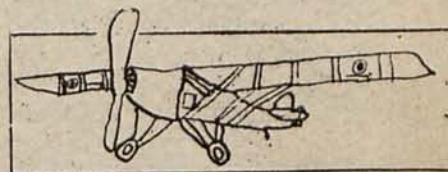
Don Turu
Carmen Valdepeñas



Mi Lulú
M.ª Teresa



El Nash de mi papá
Juan Manuel Vallarino



El Espirutar de Pinocho
Rafael Raya

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS TRES PATOS

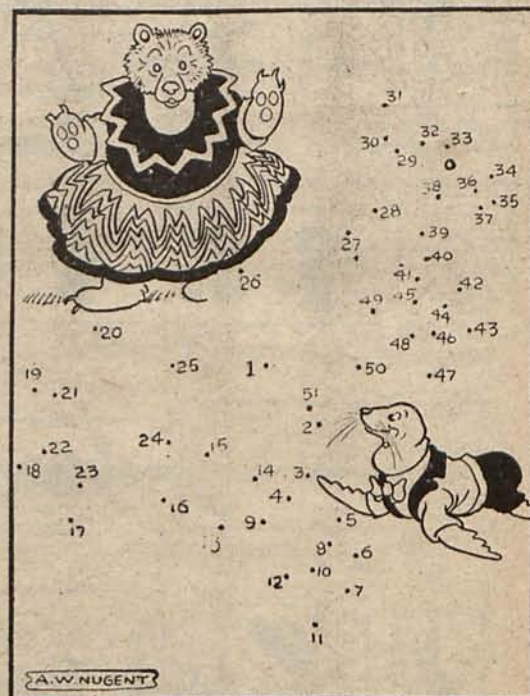


Tres patos aventureros fueron a la corte del rey Elefantón XXXVII y para mejor ver lo que pasaba en ella se ocultaron como Dios les dió a entender. ¿Dónde están?

LOS BOXEADORES

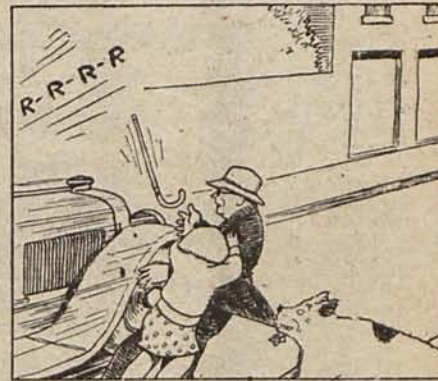


¿Qué camino hay que recorrer para ir de un boxeador a otro?



Trazar líneas siguiendo la numeración y encontraréis un animal conocido. ¿Cuál es?

ANITA BUEN- CORAZON



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA



Rosita, Violeta y Jazmina
en el jardín de la reina
Florinda

Su Majestad Florinda XVI, reina del país de Blancas-Lilas, tenía tres hijas; más no las metió en tres botijas, como aquel rey de otro cuento; bien

distintos eran sus proyectos respecto de las princesas Rosita, Violeta y Jazmina.

Como en Lilas-Blancas, el rey era siempre una reina, Florinda tenía naturalmente resuelto dejar su trono y su corona a una de sus tres hijas; pero ¿a cuál? ¿A la mayor? ¿Eran mellizas las tres!

¿A la más adornada de virtudes? Vosotros o yo, sin duda, hubiéramos sabido discernirla con relativa facilidad; mas, el corazón de Florinda no era solo de soberana, sino también de madre, y para ella Rosita, Violeta y Jazmina eran perfectas las tres.

En su perplejidad, Florinda mandó llamar a la corte a cierto anciano ermitaño, muy sabio y muy santo, que había sido el consejero de sus padres; y el de sus abuelos y aun creo que el de sus bisabuelos, pues el buen señor debía de tener tantos años como pelos poblaban sus luengas barbas de nieve.

El venerable anciano habitaba en el desierto y no le gustaba que le molestasen; así es que, al llamamiento de la soberana, acudió de muy mal humor.

—¡Esto es insoportable!—gruñó al presentarse en palacio.—No se puede vivir tan quieto; en veinte años, ya van tres veces que interrumpí el hilo de mis meditaciones. A ver ¿qué se te ofrece?

La reina no se inmutó, sabedora de que el mal genio del santo varón era «de boquilla»; y le explicó su perplejidad:

El venerable ermitaño permaneció tres horas consecutivas silencioso. Al cabo de esta meditación, dijo:

—¡Ya está! Creo que debes dejar tu trono a la más virtuosa de tus tres hijas.

—¡Anda!—exclamó Florinda irrespetuosamente—

¡Vaya una noche! Eso mismo es lo que yo pensaba y el problema reside precisamente en saber cuál de las tres tiene mayor virtud que sus hermanas. La verdad, a mí me parecen las tres perfectas por igual.

El consejero tornó a sumirse en una nueva meditación que esta vez duró cinco horas y media; al fin, dijo solemnemente:

—He aquí mi consejo: para saber cuál de tus tres hijas es la más virtuosa, debes someterlas a una prueba, concluyente.

—Naturalmente—exclamó Florinda impacientada—Pues ¿para qué, sino para que me inventes una prueba concluyente, te he mandado llamar?

Tercera meditación, más larga que las anteriores; medio día había transcurrido, cuando dió fin. Entonces el ermitaño se acercó a la soberana y le habló al oído, con tal misterio que nadie, ni yo misma, pudo oír sus palabras; pero debían de ser muy ingeniosas, por cuanto el rostro de Florinda, se iluminó de satisfacción.

Vuelto que hubo el ermitaño a su desierto, no sin antes advertir que no se contase con él cuando menos en treinta o cuarenta años, Su Majestad reunió en consejo urgente y secreto a sus ministros y les dió órdenes de suma importancia.

Luego, mandó llamar a las princesas y les habló como sigue:

—Hijas mías, poco falta ya para que cumpláis quince años, edad a la cual, según las leyes de nuestro país, corresponde a la nueva reina de Lilas-Blancas, subir al trono. Aun no he resuelto cual de vosotras ha de alcanzar tan singular honor; antes, me parece conveniente que conozcáis la vida y para ello vais a partir, en compañía de vuestras respectivas damas de honor, a recorrer el mundo, de incógnito, como simples mortales. Id y pasadlo bien.

Las princesas se encontraban muy a gusto en la corte y no tenían deseo alguno de alejarse de ella; pero como niñas bien educadas, hijas amantes, y súbditas sumisas, acataron respetuosamente las órdenes de su madre y reina y se dispusieron para la marcha.

Rosita que era una rubia lindísima, de piel de azucena y ojos azules se puso un vestido de seda celeste, con encajes de plata.

Violeta que era una hermosa morena, de piel cobriza y ojos verdes, eligió un vestido de raso anaranjado con encajes de oro.

Y Jazmina que era una preciosa trigueña de ojos negros, se vistió, más sencillamente, de gasa naranja, bordada en seda.

Quizá os parezca que estos vestidos no son propios para viajar; pero es que en el reino de Lilas-Blancas no había polvo en las carreteras, por lo cual los trajes «prácticos» resultaban inútiles. Tanto más cuanto que tampoco había automóviles.

Las tres carrozas, en que se colocaron Sus Altezas, cada una acompañada de tres damas y un paje, eran magníficas. De ébano con incrustaciones de nácar, la de la rubia Rosita; de caoba con adornos de jade, la de la morena Violeta; y de cristal irisado, la de la trigueña Jazmina.

Cada carroza iba tirada por cuatro caballos empenachados, conducidos por cocheros de peluca blanca que tenían galones dorados hasta en el látigo. (Y la verdad es que con tanto lujo, no me parece que el incógnito de las princesas fuese muy bien guardado; para mí que no hubieran tardado en ser reconocidas como personas de la familia real; más no hubo tiempo para ello.



Pocas horas llevaban de viaje cuando un accidente imprevisto...

¿Imprevisto? Para vosotras, Pirulindas queridas, si que lo era; para mí también, lo confieso; pero en cuanto a los cocheros, los pajes y las damas, me sospecho que... en fin, me parece a mí...

Porque decidme a mí si es natural que las tres carrozas volcasen en el mismo momento. Verdad es que volcaron suavemente y sus ocupantes cayeron en la yerba de la cuneta, sin hacerse daño alguno; pero tampoco es natural que todo el séquito declarase a una que las carrozas estaban inutilizadas, que era imposible continuar el viaje, y que había que ir corriendo a buscar otros coches.

Total que se fueron los pajes y los cocheros, y las princesas quedaron allí con sus damas

Todo esto me huele a mí a cosa preparada por la reina, tanto más cuanto que...

...cuanto que hasta el domingo que viene, nos quedamos sin saber la continuación.

